



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

PARA UN RUISEÑOR

MARIA VAN RYSSELBERGHE

Traducción de Regina López Muñoz

Prólogo de Martín López-Vega

e
errata naturae

Índice

<i>Naturalezas vivas</i>	9
Para un ruiseñor	21

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2013
TÍTULO ORIGINAL: *Strophes pour un rossignol*

© Éditions Gallimard, 1947
© del prólogo, Martín López-Vega, 2013
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2012
© Errata naturae editores, 2013
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-49-7
DEPÓSITO LEGAL: M-15870-2013
CÓDIGO BIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: © Alejandra Acosta, 2013
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La biblioteca de la memoria (la de cada uno de nosotros) está diseñada a medias por un enloquecido discípulo de Escher y por el más inteligente y detallista diseñador sueco. Eso le permite recovecos imposibles, esquinas improbables en las que se encuentran libros que, sin dejar de estar en su sitio, aparecen en otro, permitiendo que cada volumen se relacione con los demás de mil formas nada misteriosas: esa biblioteca, vista a debida distancia, tiene la forma de un corazón humano.

En esa biblioteca, los libros de Maria van Rysselberghe se encuentran con el tomo rojo que reúne las *Heroides* y los *Amores* de Ovidio en la edición de la Loeb Classical Library, y difícilmente puedo acercarme a aquéllos sin releer éste. Me gusta especialmente

esa edición de las *Heroides* porque su editor, Grant Showerman (con ese apellido que parece o indio o de broma), comienza diciendo que desde luego no estamos ante un libro del más alto orden del genio, para tachar a continuación su lenguaje de retórico, artificial y difuso. Bien es cierto que Ovidio rescata a sus personajes, e, incluso las tramas de la tradición, y podría parecer, desde luego, que se toma el libro apenas como un ejercicio retórico; pero no por ello deja de ser uno de los más hermosos libros de poesía que se hayan escrito jamás y (y esto es lo que nos ocupa) un detallado catálogo de maneras de sufrir por amor, deporte tan olímpico como terreno. No sé por qué, pero me divierte esa enfurruñada consideración de Showerman. Pero vamos a lo nuestro.

Leyendo *Hace cuarenta años*, el libro de Maria van Rysselberghe que Errata naturae publicó el año pasado, pensaba una y otra vez en el lamento de Penélope, en las palabras que le dirige a Ulises rogándole que regrese de una vez. Su pasión (la de Maria) no era menor que la de Penélope, pero sí más resignada; ella nos habla de un momento acabado, de un diamante que brilla sólo en la memoria cuando cierra los ojos para recordarlo o su mirada vaga entre horizontes perdidos. Y de un amor, además, real.

Maria van Rysselberghe (presentémosla antes de meternos en su vida) nació Maria Monnom el 9

de febrero de 1866 en Bruselas, hija de unos célebres editores que publicaron, entre otras cosas, los poemas de Émile Verhaeren, quien, a su vez, descubriría al pintor Théo van Rysselberghe, con quien Maria contrajo matrimonio el 16 de septiembre de 1889. Pocos nombres en unas escasas líneas biográficas y, sin embargo, todos ellos cargados de significado en esta historia. El poeta Émile Verhaeren es el protagonista, más o menos secreto («Lo llamaré Hubert», dice ella al inicio de su relato), de *Hace cuarenta años*. Además, Maria fue primero amiga y después suegra de André Gide, quien tuvo una niña con su hija Elisabeth. Los Van Rysselberghe vivían al principio en Bruselas, pero acabaron por instalarse en París. Allí será donde conozcan a Gide y donde surgirá la amistad entre él y Maria. El hermano de Théo, Octave van Rysselberghe, era arquitecto, y construyó una casa en Saint-Clair a la que Théo se mudó mientras que Maria permaneció en París, en un apartamento de la calle Vanneau contiguo al de André Gide. Las historias de la literatura francesa se refieren a menudo a Maria como la «Petite Dame». Maria medía un metro cincuenta y dos, lo que le valió ese sobrenombre, que más tarde se utilizaría para la publicación de los *Cahiers de la Petite Dame*, editados de forma póstuma en los *Cahiers André Gide* (cuatro tomos) entre 1973 y 1977. En esos cuadernos, Maria

hace a ratos de peculiar *eckermann* de Gide, proporcionándonos abundante información de sus dichos y andanzas, así como de la vida literaria parisina que giraba en torno a la *Nouvelle Revue Française*. Maria fue la confidente de los amores secretos de Gide y también su primera y menos complaciente crítica, y probablemente pasó más tiempo con Gide que con su propio marido.

Sin embargo, más que como cronista de la vida de Gide, Maria (que firmaba al principio sus escritos como M. Saint-Clair) tiene su lugar en la memoria de los lectores como cronista de otra vida (o ni siquiera de una vida, de unos fugaces días apenas): la suya propia.

La trama de *Hace cuarenta años* no puede ser más sencilla en su apariencia ni delicada en su tejido. Siglo XIX, una playa del Mar del Norte. La protagonista del relato se encuentra en «la casa de la duna» y, a la vez que su marido debe ausentarse, un amigo de la pareja (Hubert, ya lo hemos visto, será el nombre que le dé) necesita pasar una temporada junto al mar sin que su esposa pueda acompañarlo. «Cuando la puerta se hubo cerrado, me cuidé de experimentar la sensación de un milagro», nos dice ella. «Caminaba de puntillas, como si todo pudiera derrumbarse al más mínimo contacto». Y es que la secreta pasión de la protagonista por Hubert viene de lejos, es in-

cluso un puntal importante de su propio matrimonio, pues «Hubert le daba a Antoine (aquí, claro, leemos ya el nombre de su marido, Théo) coherencia y rigor, formaba en él un núcleo duro, ese centro de resistencia que mi vida necesitaba».

La breve temporada que ambos se disponen a pasar juntos desvela afinidades ya sabidas, pero no dichas; y pone a su mutua atracción la música de la intensidad. «Éramos como dos instrumentos afinados de repente». Y lo que importa es ese «de repente», esa urgencia de ser, de saberse vivo, de saberse puesto a prueba, de querer caer y levantarse a un tiempo.

No hay pasión pequeña, o no sería tal pasión. Las hay más expansivas o más contenidas, más cacareadas o más secretas, pero no las hay mayores o menores. Una pasión, para merecer ese nombre, sólo acepta un tamaño: todo. La literatura le sienta bien a las contenidas, a las secretas, a esas que aprovechan el espacio de la página en blanco para decir en el papel lo que tal vez no se atrevieron a decir en la vida.

Hace cuarenta años habla de ese poco tiempo de nuestra existencia que, según aquel viejo epigrama de la *Antología palatina*, merece ser llamado vida (el resto es sólo tiempo). Y nos recuerda la razón de aquellos otros versos de António Botto: «Dicen que la vida es corta. / Cabe en ella un amor eterno, / y aún sobra tanta vida»... Este libro conmovedor nos recuerda

precisamente eso, cómo es el tiempo que no sobra, ese que, aunque acabe, no nos abandonará ya jamás. No es en vano haberse sentido, aunque sólo fuera una vez, infinitos.

La *Nouvelle Revue Française* publicó *Hace cuarenta años* en 1934, aún con la firma de M. Saint-Clair y, eso sí, cuando el resto de personajes de la historia había muerto ya. Años después, Gallimard reunió en un único volumen (con idéntica firma y un prólogo de Béatrix Beck, quien fuera secretaria de Gide) aquel primer libro junto a otros dos textos: *Strophes pour un rossignol* [*Para un ruiseñor*], el libro que el lector tiene ahora entre sus manos, y *Galerie privée* [*Galería privada*], un conjunto de retratos de escritores, intelectuales y artistas frecuentados por ella o simplemente leídos con atención. No fue hasta 2005 cuando, publicadas por la editorial Labor en su colección Espace Nord, estas obras aparecieron definitivamente firmadas como Maria van Rysselberghe.

Ahora tenemos entre las manos las pocas páginas, no menos conmovedoras que las de *Hace cuarenta años*, de *Para un ruiseñor*. Es evidente que su autora rememora el mismo episodio vital y, sin embargo, ¿de qué modo la acedía ha ganado terreno a la intensidad! Si en *Hace cuarenta años* Maria volvía a poner en pie, con cada detalle, con cada mínimo gesto, un momento pasado que revivía como el más vivo

presente, en *Para un ruiseñor* hay tramos en los que parece no atreverse a volver a ese mundo («la vida secreta, ésa que no tiene derecho a mostrar su rostro») y esa vida pasada no es ya una existencia paralela, viva aún en otra dimensión, sino que adopta la figura de un ruiseñor que viene a cantar junto a su ventana, a recordarle lo que se fue, «lo alta que [la marea] estuvo un día». Es como si el camino de vuelta, ese que la autora recorría en *Hace cuarenta años* para volver al pasado vivo, se hubiera cegado de pronto y su recuerdo no fuera ya un mapa de regreso, sino pura melancolía, ese fruto flácido que deja la felicidad al pudrirse. Conocemos unos cuantos retratos de nuestra autora pintados por su marido Théo. Resulta difícil adivinar en ellos la secreta pasión de la que nos hablan sus libros. Nunca sonrío en esos retratos, en los que siempre aparece con la mirada lejana, perdida... nosotros sí sabemos dónde.

Es imposible leer *Para un ruiseñor* sin recordar la «Oda a un ruiseñor» de John Keats. Cito por la feliz traducción de Lorenzo Oliván¹:

Me duele el corazón y una muy torpe somnolencia punza
mis sentidos igual que si yo hubiera consumido cicuta

¹ John Keats, *Belleza y verdad*, edición y traducción de Lorenzo Oliván, Pre-textos, Valencia, 1998.